


MEMORIAS
DE UN PADRE
CONFINADO 

REFLEXIONES PARA EL DÍA DE MAÑANA

RAFA ESTEVE

LAROUSSE

© **texto e ilustraciones** Rafa ESTEVE

dirección editorial

Jordi INDURÁIN PONS

edición

Carlos DOTRES PELAZ

maqueta y preimpresión

PIXEL GRAPHIC BARCELONA

cubierta

ONA GRÀFICA

© LAROUSSE EDITORIAL, S. L., 2020

Rosa Sensat, 9-11, 3.ª planta – 08005 Barcelona

teléfono: 93 241 35 05 larousse@larousse.es

www.larousse.es

facebook.com/larousse.es

[@Larousse_ESP](https://twitter.com/Larousse_ESP)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagieren, reprodujeran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

Primera edición: 2020

ISBN: 978-84-18100-69-7

Depósito legal: B-11934-2020

1E11



Este año, padres e hijos han convivido más cerca que nunca, de modo que al final la clase de Educación física de los chavales y las sentadillas familiares en el comedor se nos volvieron una misma cosa. Este libro se configura en torno a esa relación tan estrecha que ha podido generarse entre materias curriculares y lecciones de vida.

ÍNDICE

1. Un matón aguafiestas	7
2. Biología: Hablando de la fragilidad de la vida	15
3. Historia: Todos los planes que, de pronto, quedaron atrás	25
4. Dibujo técnico: A ver cómo nos organizamos en casa	35
5. Patio: Por fin conozco a tus profes	43
6. Mates: Echando cuentas, en familia	51
7. Optativas: ¿Esto no va conmigo?	59
8. Geografía: Entre cuatro paredes	67
9. Química: Preparando bizcocho: el milagro de la levadura	73
10. Lengua: Sobremesas en lunes	81
11. TIC: «Hiperenchufados»	87
12. Filo: El mando a distancia: ¿dictadura o democracia?	97
13. Educación física: Sentadillas en el comedor	103
14. Música: Cada loco con su tema	111
15. Optativas: ¿En pijama todo el día?	119
16. Latín: <i>Patientia</i> : con la mascarilla a todas partes	127
17. Física: Punto de retorno	135
18. Sociología: El reencuentro con la tribu	143
19. Economía: ¿Cómo salimos de esta?	151
20. Aplaudiendo juntos	159

UN MATÓN AGUAFIESTAS

—**¡Y**a está todo claro! El sábado, a las 9:00 h, nos vemos en el parking de caravanas —dijo Fernando, antes de colgar—. Tranquilo, que te explicaré con detalle el funcionamiento de todo...

Una de mis ensoñaciones recurrentes siempre ha sido la de vivir de manera nómada, con lo mínimo y sin ataduras a una vivienda fija. Cuando pienso en las vacaciones ideales, me viene a la cabeza el verbo ‘vagabundear’. Imagínate salir de casa con lo puesto, con una tarjeta de crédito (o varias), un ordenador portátil y un móvil con los que poder seguir trabajando, y algo de ropa de recambio con la que mantener las medidas mínimas de higiene y abrigo. Salir de casa dirección norte (por ejemplo), sin saber exactamente dónde vas a dormir cada día, ni dónde ni cuándo vas a parar a comer. Viajar por el mundo sin prisas por llegar ni motivos por los que quedarte en un lugar, tumbándote a disfrutar cuando un paisaje te llame la atención y saliendo escopeteado cuando el lugar no sea precisamente como lo habías imaginado.

Mi pareja, Rut, y yo ya habíamos hecho varias escapadas antes utilizando nuestro monovolumen a modo de coche cama, mientras los niños pasaban unos días de campamento con los scouts. La experiencia siempre había resultado deliciosa y un auténtico aprendizaje, pues al principio cometíamos los típicos errores de principiante que íbamos subsanando con el paso de los días, de manera que, al final de cada uno de estos escarceos con la libertad, volvíamos a casa con la mente

llena de nuevas mejoras que hacerle a nuestro coche cama, desconocidos lugares a los que viajar... e, incluso, barajamos la posibilidad —remota— de que nuestros hijos adolescentes (Leo, de 12 años, y Mar, de 15) aceptaran irse de viaje con nosotros.

Como padres, hemos llegado a ese punto en el que los hijos llenan sus fines de semana y vacaciones de planes para llevar a cabo con sus amigos, y lo último que les apetece es ir con los aburridos de sus padres a ningún lado. O solo están dispuestos a acompañarte si van a recibir alguna recompensa material a cambio, es decir, ir de compras para ellos. Los días que queremos ir a comer a casa de mis padres, a la de mis suegros o salir por ahí con amigos son un carnaval de malas caras, resoplidos y desplantes del tipo: «¡Yo tengo planes! ¿Queréis dejar de organizarme la vida? ¡Me estresáis...!».

Demasiado bonito

Pensando que este año probablemente sería el último en el que accederían a viajar con nosotros, decidimos arriesgarnos, y con la boca muy pero que muy pequeña, propusimos la idea de alquilar una autocaravana durante las fiestas de la Magdalena (las fiestas patronales de Castellón de la Plana, nuestro lugar de residencia) e irnos los cuatro en dirección sur, con la idea de visitar la costa de Almería.

Tendrían que haber grabado nuestra cara de asombro cuando nuestros hijos, al unísono, y con la única condición de no estar más de cinco días de viaje, respondieron que sí.

«¿En serio? ¿Os parece bien?». Tal fue nuestra emoción e incredulidad que tuvimos que pellizcarnos el brazo y preguntárselo de nuevo, por si se trataba de algún

tipo de alucinación o malentendido. Al confirmar que sí, que hasta les hacía algo de ilusión, nos pusimos como locos a buscar autocaravanas de alquiler en internet. Y de esta manera fue como conocimos a Fernando, el simpático arrendatario de una autocaravana ideal para llevarnos y albergarnos a los cuatro durante varios días.

El pago de la reserva y el anticipo estaban hechos, y solo quedaba esperar a que llegara el domingo 16 de marzo, recoger nuestra nueva casa rodante y conducir dirección sur hacia donde nos llevaran nuestros sueños. Todo parecía idílico, demasiado bonito para ser real...

La mañana del 10 de marzo, una noticia en la radio del coche hizo que una sombra de duda nublara nuestro viaje. Al parecer, aquel virus cuyo brote se había detectado originariamente en la provincia china de Wuhan, había comenzado a propagarse por el mundo de manera descontrolada, alcanzando a diferentes países europeos, incluida España.

A mí, personalmente, no me pareció demasiado preocupante, pues los casos en España eran puntuales y, según los medios, los síntomas del virus eran similares a los de la gripe común. La cancelación de eventos públicos, congresos empresariales importantes y partidos de fútbol sí empezó a mosquearme, pero al oír por la radio que se cancelaban las Fallas de Valencia y las fiestas de la Magdalena constaté, como muchos otros, que la cosa iba en serio. Me pareció lógico que sucediera, pues se estaban cancelando actos con menor afluencia de público que esas festividades, pero al oír la noticia no pude evitar pensar en la magnitud de lo que estaba sucediendo. Empecé a pensar en aquellos cuya economía se iba a ver afectada de forma significativa por esas cancelaciones, en la cantidad de personas que iban a quedarse sin el trabajo previsto y en la cantidad de ilusiones, planes y sueños que iban a quedar pisoteados

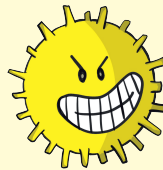
por el virus de las narices. ¡Maldita sea! ¡Con las fiestas regionales no se juega!

Me puse un poco triste, pero tragué saliva y acto seguido volví a pensar en nuestro viaje hacia el sur. Al fin y al cabo, nosotros solo íbamos a estar el segundo fin de semana de las fiestas. Pensar egoístamente solo en mi familia y nuestras vacaciones me hizo sentirme mejor durante unos minutos, pero no hizo que dejara de darle vueltas a lo que estaba sucediendo en el resto del mundo.

Al día siguiente, el 11 de marzo, la OMS (Organización Mundial de la Salud) declaró oficialmente que se trataba de una pandemia mundial a causa del COVID-19. Como subtítulo del anuncio de la OMS pudimos leer entre líneas: «Quedaros con el nombre de este pequeño hijo de perra, pues a partir de ahora lo vais a oír hasta en la sopa».

Los coronavirus

Según parece, los coronavirus son una extensa familia de virus que pueden causar enfermedades tanto en animales como en humanos. En los humanos, se sabe que varios coronavirus causan infecciones respiratorias que pueden ir desde el resfriado común hasta enfermedades más graves como el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) y el síndrome respiratorio agudo severo (SRAS). El coronavirus que de golpe vino a llenar nuestros noticieros es el causante de la enfermedad por coronavirus denominada COVID-19. ¡Ojo! Es importante aclarar que COVID-19 es el nombre de la enfermedad provocada por el virus hijo de perra antes mencionado; el nombre real con el que los investigadores han bautizado al virus es SARS-CoV-2. SARS son las siglas en inglés *Severe Acute Respiratory Syndrome* (síndrome respiratorio agudo severo), CoV hace referencia a los coronavirus y el 2 es para diferenciarlo del virus que ya se detectó el año 2002 en la provincia china de Guangdong y que, después de extenderse por más de 30 países, dejó de contagiar, o dar casos positivos, dos años después.



Primeras impresiones

Hasta hace unos años me consideraba un cinéfilo de clase media al que le gustaba dárseles de entendido hablando sobre películas de culto o de directores de Europa del Este. Sin embargo, al cumplir los cuarenta años, de la noche a la mañana, sin saber por qué y sin atender a ningún razonamiento lógico, empezaron a fascinarme las películas con premisas postapocalípticas, es decir, esas que comienzan con un planeta Tierra destruido, ya sea por la colisión de un meteorito, por el deterioro de la vida por el cambio climático o por mi tema favorito: un apocalipsis zombi. Sí, ya sé que es una temática poco apta para disfrutarla en familia; por ello me descubrí a mí mismo disfrutando con películas como *REC 4* los días que comía solo en casa, o devorando *The Road* totalmente ojiplático a altas horas de la madrugada, cuando todos ya se habían ido a dormir. Creo que esta nueva afición hizo que, tras escuchar a la OMS afirmar que nos encontrábamos ante una pandemia, se me erizara el vello de la nuca y pudiera oír claramente dentro de mi cabeza una voz susurrando: «Ya están aquí...».

Lo que fue sucediendo con el paso de las horas hizo que aumentara mi preocupación. Había quedado para almorzar y tratar un tema de trabajo en la oficina de mi amigo Sergio y este, al recibirme, en lugar de abrazarme, como era costumbre siempre que nos veíamos, me hizo un gesto con la mano para que esperara en la puerta, abrió un armario y sin darme tiempo a ver lo que había sacado de allí me pidió que le enseñara las manos. Sin dejarme tiempo a reaccionar, me echó un chorretón de lo que parecía un gel desinfectante.

—Nos lo ha puesto la empresa —dijo, riéndose—. Es por el nuevo protocolo de seguridad por el coronavirus ese...

La empresa les había enviado un comunicado en el que se prohibía dar la mano a los clientes y se les exigía el uso

de gel desinfectante con cualquier visitante a las oficinas de la empresa. Así que, una vez realizadas las tareas de desinfección, nos pusimos a charlar distendidamente de lo que estaba ocurriendo. Mientras le estaba contando nuestra intención de salir de viaje con la autocaravana, él se levantó a recoger unos papeles de la impresora situada junto a la ventana. De repente, algo que vio en la calle hizo que su cara se torciera con una mueca de asombro. Al ver su cara, dejé de hablar y me incorporé también para mirar. Al principio no supe qué miraba, pero luego me di cuenta: una señora, sentada en un banco de la placita situada bajo la ventana, hablaba animadamente por el móvil. Lo chocante era que cinco paquetes de doce rollos de papel de váter la rodeaban como si de una pequeña trinchera se tratara. Se me abrieron los ojos como platos, y justo cuando iba a comentar lo que veíamos, cruzó la plaza a paso acelerado un matrimonio de unos sesenta años. Cargaban en cada mano dos paquetes de doce rollos de papel de váter cada uno. La imagen nos dejó congelados, con las manos apoyadas en el cristal de la ventana.

—¿Qué narices está pasando? —dije—. ¿Por qué le ha dado a la gente por hacer acopio de papel de váter? ¿Será la descomposición estomacal uno de los síntomas desconocidos de este virus? ¿Sabrán estas personas algo sobre el papel de váter que nosotros desconocemos?

Ese mismo día, mientras comíamos, llamó el bueno de Fernando. La melodía del móvil a esas horas no presagiaba buenas noticias. Su voz era opaca y sus palabras retumbaron pesadas en mis oídos. Lo que me estaba temiendo acababa de suceder: Fernando cancelaba la reserva por motivos de fuerza mayor y nos devolvía el importe íntegro del adelanto (¡menos mal!).

Tras decirle que lo entendía y agradecer su amabilidad, inocente de mí, se me ocurrió hacerle una pregunta de la que ahora me siento totalmente avergonzado:

—Oye, Fernando, ¿nos puedes reservar la autocaravana para Pascua? Seguro que, para entonces, todo esto ya habrá pasado.

Fernando guardó silencio durante un segundo y contestó:

—¡Claro, hombre, cuenta con la reserva!... ¡Campeón!

Lo de «campeón» no lo dijo, en realidad, pero estoy seguro de que lo pensó.



BIOLOGÍA: HABLANDO DE LA FRAGILIDAD DE LA VIDA

La vida en la Tierra es una casualidad. Más bien, un cúmulo de casualidades. Me explico: vivimos en un planeta cuya distancia a su estrella, el Sol, es justo la necesaria para no morir abrasados por las brutales erupciones solares ni congelados por las bajas temperaturas del espacio exterior. Estamos en un momento de la historia de la Tierra en el que las condiciones para la vida son perfectas, disfrutamos de una atmósfera que nos protege de las radiaciones solares y una fuerza de la gravedad que nos mantiene pegados al suelo, evitando, además, que las moléculas necesarias para la vida se escapen al espacio. En realidad, nuestra situación es tan frágil, que una simple desviación en el ángulo de rotación del eje de la Tierra ocasiona los grandes cambios de temperatura entre las estaciones del año...

Fruto de esta casualidad surgió la vida en la Tierra: los organismos unicelulares, las plantas, los dinosaurios, otros animales y, en los últimos segundos de la historia de nuestro planeta, el ser humano. Conviene no olvidar que nunca hemos sido los propietarios de este planeta; que mucho antes que nosotros, y durante muchísimo tiempo, han habitado otras especies de animales y plantas sin necesitar ni siquiera plantearse la existencia de la raza humana.

Los primeros habitantes de nuestra especie morían devorados por otros depredadores, por hambrunas, sequías y, por supuesto, enfermedades de todo tipo. Con el paso del tiempo y la evolución del ser humano, hemos

conseguido plantarle cara a los animales depredadores y, en gran medida, al resto de factores que amenazan la continuidad de nuestra especie. Pero no por ello hemos conseguido volvernos invencibles. Por desgracia, el ser humano se ha convertido en el único animal capaz de matar a otro individuo de su misma especie sin que el motivo sea la defensa propia o alimentarse de su víctima. La ciencia trabaja día y noche para combatir las enfermedades, pero estas, junto a las hambrunas, las desigualdades sociales, los fanatismos o la violencia de género, entre otros múltiples factores, siguen siendo depredadores de nuestra especie, por mucho que nos enfrentemos a ellos.

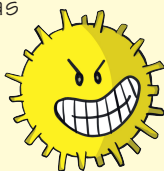
Muerte hasta en la sopa

Parece que no nos tomamos nada en serio hasta que la palabra ‘muerte’ se cruza en nuestro camino. También es verdad que no nos gusta oír hablar de ella, y mucho menos de la muerte de alguien cercano o conocido. Y justo esto es lo que nos sucedió durante la pandemia.

Tras confirmarse los primeros casos de muerte por coronavirus en España, la aparición de estadísticas y gráficas de fallecimientos ocasionados por el COVID-19 pasó a convertirse en un plato habitual en nuestro menú del día; por lo demás, estadísticas realizadas a corre prisa y gráficas sin un objetivo informativo definido, en la mayoría de ocasiones. Esta situación nos afectó a todos, a cada cual de una manera según su situación familiar, económica, su nivel de estudios o simplemente su forma de enfrentarse a los problemas.

La muerte en las noticias

¿Sabías que en España se producen una media de 30 000 muertes al mes? Sí, sí. Sin que haya pandemia ni ocurra nada fuera de lo normal. Esto supone una media de 360 000 muertes al año, y aunque no lo parezca, todas ellas forman parte de lo esperado, de lo normal. ¿Te imaginas que estas cifras aparecieran a diario en los noticiarios o en las redes sociales?: «La cifra de defunciones para hoy en España asciende a 3 247 fallecidos, de los cuales, un 27% ha sido debido a infartos, un 33% por tumores de diversa índole, 21% por enfermedades respiratorias, 7% por accidentes de tráfico, 5% por ahogamientos y accidentes del hogar, 4% de suicidios y el porcentaje restante por causas naturales...».



Elige tu rol

En la mayoría de películas postapocalípticas (sí, disculpad que vuelva a hablar de ellas) la trama real se centra en la relación entre las personas y en cómo reaccionan ante la nueva situación que se les plantea. Es decir, los zombies, las pandemias o los daños climáticos irreversibles son solo el entorno en el que sucede la historia. Por decirlo de alguna manera, son las reglas del juego. El meollo de la película estriba en cómo se las ingenia el ser humano para sobrevivir con las nuevas premisas planteadas. Y, en la mayoría de ellas se repite el patrón del ser humano convirtiéndose en el peor enemigo de sí mismo.

Pues bien, esto también ha sucedido durante nuestra pandemia. Si analizamos el comportamiento de nuestros grupos de WhatsApp podríamos trazar paralelismos con personajes de la serie *The Walking Dead*, por ejemplo. Veamos ahora algunos tipos de personas según el rol que adoptan durante las crisis:

Los moralistas de posturo: Estas son las personas que toman las riendas de cualquier conversación controvertida, dejando claro que su opinión es la correcta y la única que defiende el bien de la mayoría. Suelen dictar sentencia con grandes parrafadas moralistas que terminan por expulsar a la mayor parte de interlocutores, dejando solo a los más exaltados y agresivos en la conversación.

Los necesarios: Estas personas llevan a cabo un trabajo imprescindible para la comunidad: médicos, policías, cocineros, conductores de ambulancia, bomberos, reponedores de supermercados, etc. Además de llevar a cabo su trabajo con total dedicación, se abstienen de dar su opinión con el fin de evitar malos rollos y posibles conflictos. Solo la exponen cuando se les pide expresamente o se les inflan las narices.

Los animadores: Son esas personas que, en lugar de quedarse al margen porque su trabajo no es imprescindible para la comunidad, buscan mil maneras de animar al resto y mantenerlos con una actitud positiva, proponiendo y organizando actividades que se puedan llevar a cabo sin saltarse las normas impuestas. Desde las miles de actividades que se nos planteó realizar en los balcones hasta las conferencias grupales por WhatsApp han sido idea de los animadores.

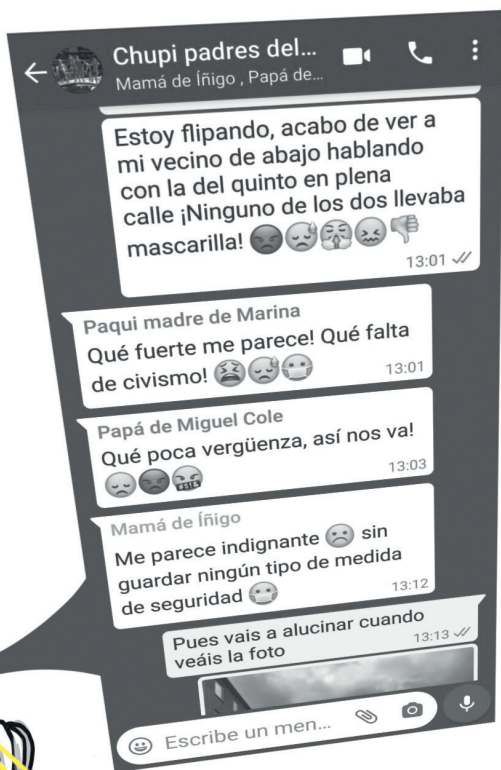
Los conformistas: Las personas conformistas son las que aceptan la situación tal y como viene, acatan las normas establecidas y se acomodan a ello hasta verle el lado positivo. Son esas personas que el primer día de

confinamiento ya habían redactado una lista con todas las cosas que siempre habían querido hacer y no habían podido por falta de tiempo. Para los conformistas, el confinamiento posiblemente haya sido lo más parecido a unas vacaciones.

Las víctimas: Este es uno de mis personajes favoritos para el análisis. Son esas personas que se pasan el día buscando culpables a los que cargarle el muerto de lo que sucede; cualquier noticia, buena o mala, debe tener alguien a quien poder reprocharle los resultados. Se centran en la queja antes que en la propia resolución del problema. Creo que todos sabemos a qué tipo de personas me refiero, ¿no?

Los delatores: Son esas personas que, ocultas desde sus balcones, o tras un seudónimo en las redes sociales, se han dedicado a delatar el mal comportamiento de sus conciudadanos ante la normativa establecida. Durante el confinamiento, se les conoció como «policías de balcón», pero en casa les llamamos «francotiradores» desde el primer día.

Seguro que podrían sacarse muchos caracteres más, pero estos son los que, a mi entender, más juego han dado durante la pandemia. Nos familiarizaremos con ellos a lo largo del libro.



Adolescentes a casa

Hubo que esperar a que la cosa se pusiera complicada para que se decidiera cancelar la asistencia de los niños a los colegios; quizás demasiado tarde, quién sabe. Por suerte, no somos un país experimentado en pandemias. Es más, para nosotros, la palabra ‘pandemia’ era más bien de ciencia ficción y, salvo cuatro investigadores, los demás solo oíamos hablar de ella en el cine.

Mis hijos —y me atrevo a afirmar que para la mayoría de niños también fue así— se lo tomaron como unas vacaciones adelantadas. Sus primeras palabras fueron:

—¿En serio que ya no tenemos que ir al colegio?

Leo vio como el cielo se abría ante sus ojos; su sueño de cada mañana se había cumplido. Cuando les dijimos que no iban a poder ir al colegio durante una temporada, se le dilataron las pupilas, enarcó las cejas y, tratando de contener una sonrisa de felicidad total, corrió al armario a buscar su batín favorito, de Pikachu, se lo puso, y decidió que ese sería su uniforme oficial durante el confinamiento. Acto seguido, tomó asiento en su tumbona balancín, encendió la PlayStation, se conectó los auriculares y —en mi cabeza— mandó el siguiente mensaje a sus followers: «Chicos, el rey ha vuelto y tiene vía libre para jugar sin límite».

Nuestra hija Mar, en cambio, se puso triste, pues con la orden de confinamiento se cancelaban también los entrenamientos de gimnasia rítmica y las fiestas de la Magdalena. Corrió a su habitación con el móvil en mano, se tumbó en la cama, y comenzó a intercambiar mensajes con sus veinte grupos de amigos, tratando de averiguar qué iba a suceder con todos los planes y actividades que tenían previstos para los días siguientes.

Los adolescentes no hablan de muertos. Lo más importante en este momento de sus vidas son ellos mismos y su círculo de amistades. A Mar no le preocupaba lo que iba a suceder con las clases, ni muchísimo menos con la economía mundial; su mayor (casi única) preocupación en ese momento consistía en saber si iba a poder salir con sus amigas y cenar en esa hamburguesería nueva que acaba de abrir en Castellón.

Durante la cena, nos sentimos obligados a hablar con ellos, a contarles un poco más sobre la gravedad de la situación, a decirles que estaba muriendo gente en todo el mundo, que se trataba de algo serio y que no era un tema para tomárselo a la ligera. Parece que lo comprendieron. Al terminar de cenar, Leo se asomó a la ventana y, tras echar un vistazo al vecindario, murmuró: «Pues yo no veo que pase nada raro...». «Ese es el problema –le dije–. Nos enfrentamos a algo que no se puede ver, ni oír, ni tocar. La única forma de saber algo de lo que está sucediendo es a través de los medios de comunicación, y visto lo visto, la llevamos clara».

¿Y qué pasa con los más pequeños? 137

Mis hijos ya son mayorcitos y se pudieron llegar a hacer una idea aproximada de la situación en la que nos encontrábamos. Pero... ¿qué pasa con los niños pequeños? ¿Cómo se le explica a una niña de 3 años que ya no irá más a la guardería y que no podemos salir de casa? ¿Cómo se le explica a otro de 7 que no puede bajar al parque a jugar con sus amigos?

Mi hermano tiene dos hijos pequeños, de 3 y 5 años. Hablar de la muerte con niños pequeños se nos suele hacer cuesta arriba. Según me contó, tras darle muchas vueltas a la forma de contarles lo que estaba sucediendo, decidieron recurrir a una historia simple pero concisa: «Había un

bicho por la calle que ponía malita a las personas y por ese motivo no podíamos salir a la calle ni bajar al parque...».

Para sorpresa de mi hermano y su mujer, los niños aceptaron la nueva situación sin rechistar; según sus palabras textuales: «con estoicidad». Fue mucho más fácil para ellos que para los padres. Al parecer, los niños solo necesitan que se les detalle cuáles van a ser sus nuevas rutinas para sentirse seguros y seguir su vida con normalidad.

Además, durante las primeras horas del confinamiento, los «animadores» se pusieron en marcha, y comenzaron a llover propuestas a través de las redes sociales, destinadas a los niños más pequeños, para que las ventanas y los balcones de las casas se llenaran de mensajes y pancartas del estilo: «Todo va a ir bien» o «Esto también pasará».

Para mí, asomarse a la ventana y ver estos carteles sí que daba un poco de yuyu, ¿verdad, Leo? Ahora sí que parecía que estuviera sucediendo algo malo de verdad...

